

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL

- BOASE, ROGER, *The origin and Meaning of Courtly Love*, Manchester, Manchester University Press, 1977.
- DENOMY, ALEXANDER J., *The Heresy of Courtly Love*, Gloucester, Mass., Smith, 1947.
- LAZAR, MOSHÉ, *Amour Courtois et 'Fin Amors'*, París, Klincksieck, 1964.
- ROUGEMONT, DENIS DE, *L'Amour et l'Occident*, París, Librairie Plon, 1954.

APROXIMACIÓN A «LA CAZA»
DE JAIME GARCÍA MAFFLA

En *La caza* el poeta plasma la lucha entre el ideal y los ensueños, y la inutilidad de la palabra poética. También, la conciencia de que todo está perdido, porque "el único capital es el sufrimiento". Al poeta no le resta por perder sino la "experiencia de sufrir", ojalá tuviera al menos el sufrimiento mismo. Pero, no. Apenas le queda su recuerdo. El mandato, o si se prefiere el ideal de cantar, no es lo suficientemente fuerte como para poder "ordenar tanta esperanza hundida". El hombre asiste al desmoronamiento de toda esperanza de vida, es testigo sólo del "haz de unas cenizas", cenizas que quiere cantar, pero que lo asesina la duda, y aún después de cantadas, sabe que la palabra poética, como todo lo demás es irreal.

Ahora bien, por encima de toda duda y de toda desesperanza, el poeta sabe que tiene que cantar, aun violentándose, porque ese es su destino. El poeta ha de escribir "a pesar de ti mismo, en contra / de ti mismo". Es la lucha del poeta consigo mismo, el porqué de cantar y cómo escribir es *cazar*.

Una de las preocupaciones constantes del poeta es la soledad. Solo de sí mismo y solo ante la gente, por eso la voz angustiada de "¿Y quién me oye, quién?". Y sigue la duda y el remordimiento, porque al menos sí como recompensa de todo el sufrimiento, la canción "fuera más cierta".

"Ella", la poesía, es adivinación, y su refugio es un paraje inaccesible "frío y áspero". Debe unirse con lo eterno, pues ese es su destino. La canción es el arma que se dispara para aprisionar la poesía. Los poetas ("cazadores"), van adornados de ricas telas y llevan "todas las lenguas". La poesía, en todo caso, no puede ser idea, sino corazón.

El poeta se siente agobiado, le pesan las palabras, y sabe que con ellas no puede hacer nada, ni siquiera "la armonía". La palabra y el sufrimiento son de la misma naturaleza, o sea que, a pesar de todas las inconveniencias, son la única salida que le queda al poeta. Sin embargo, la lengua de la poesía es muchas veces ignorada por el poeta, "quisiera un poco de conversación / pero no sé tu lengua", por eso la obra del poeta es una *cacería*; es la lucha de él por hallar la palabra adecuada, y la lucha de ésta por aprisionar la imagen, el latido: "Jamás conseguí algo, / sino sólo mi voz / para guardar silencio".

El poeta es consciente de su fracaso, no como poeta, sino como detentor de un alto rol social, como el poeta de otros tiempos. Por eso dice "estoy desamparado como nunca". Pero tiene en la poesía misma su "aliento" y su "alimento".

La poesía es la compensación que recibe el poeta, a cambio del puesto que ha perdido en la sociedad. Pero lo importante es que el poeta busca la poesía como "un sueño", no como una salida de despecho, sino con la plena conciencia de que el refugio en ella está determinado por el tiempo, "Y AHORA es ese sueño cuanto busco".

La poesía es sutil e indefensa, multiforme; y el poeta ha de cantar, porque misteriosamente ha caído bajo su influjo, embriagado por su canto, como pudo haberlo sido Ulises.

El poeta, aislado de la sociedad, es el sacrificado por excelencia en el hundimiento de todos los valores.

La aventura poética es mucho más difícil que la pintura y que todas las demás artes juntas, que todas las aventuras juntas, porque el poeta "va contra nadie", nada espera, nada tiene seguro. En el ejercicio de la caza, las mismas armas suelen volverse contra él. "Dichosos quienes tienen una seguridad".

Por su parte, la poesía está sola, abatida como el poeta, solos, el uno para el otro, pero indefensos; con una sola voluntad sí: *a s c e n d e r*. Ascender por encima de las mezquindades, de la suciedad, de la pobreza.

La poesía es eterna. La caza de la palabra poética, la aventura verbal está por encima del tiempo y las circunstancias. Dice el poema: "mientras se van secando los troncos de los árboles" ~ Es además eternamente joven, "azulada, blanca, ligera, de pies de rocío", es silenciosa, "que todo lo da con el aliento". Es la inutilidad de las palabras, lo infinitamente limitado de la palabra frente a la majestuosidad de la sensación de lo poético.

La crisis de todo lo ideal frente a una sola realidad; es la lucha del poeta que abandona todo para buscar la palabra "joven alada tersa

y grave”, y cuando la aprisiona, cuando la caza, se da cuenta que vale más “la yema de unos dedos / que toda la Doctrina”. Pero me asalta la duda... ¿aún la doctrina poética? (Si es que es lícito hablar de una doctrina de la movilidad, de lo inasible y eternamente mutable). Y, hay “una sola flecha” para cazar todas las víctimas, que son intraspasables, a pesar de que están aprisionadas.

El poeta ve que de todas las palabras, la mejor y más valiosa, es la no dicha; que es más elocuente y más poético el silencio. El poeta se confiesa ante la poesía, como un ser desecho que, no sólo se atreve, sino que “debe confesarlo” bajo la presión de una ley inexorable: el deber; y por encima del deber, la aceptación de la derrota, la negación a toda fuerza que lo aparte de su realidad (“No quiero esquivarlo”).

“Mi anhelo puesto, es de laureles”, pero el poeta de hoy no va a comerciar con los triunfos, ni quiere que ellos sean visibles a los demás. Puede ser egoísmo o, quizás, la suprema modestia, tal vez la conciencia de que el reino de la poesía es un reino interior, y que es “la nostalgia”, la suprema motora del poeta, no ya las dichas de otros tiempos, llámense escuelas, movimientos o generaciones. La mayor dicha del poeta no está en lo grande, sino en el desprendimiento, quizás el desgarramiento; pero sobre todo, en la sencillez dignificadora del “junco”, altivo en su ignorada existencia.

La poesía, inasible, dice “adiós a todos”; pero ¿también al poeta? ¿Al poeta que, como ella “no sabe dónde ha nacido”, ni “cómo será su fin”?

El poeta (Jaime García Maffla) tiene conciencia, dentro del canto, de que ha llegado al cenit del poema. “De aquí en adelante / sólo una floración”, dice. Pero acaso, en la poesía, la floración sea el término de toda esperanza, la culminación o concretización del sueño; mientras que para el común, para los “no cazadores”, es el comienzo de las realidades prosaicas, el comienzo de una etapa de fructificación que resulta demasiado terrena, ajena a los fuegos del ideal y a los juegos de la palabra; etapa ajena a la aventura verbal que caracteriza a la nueva poesía que debe llenar el vacío colombiano frente a Hispanoamérica.

El poeta es consciente de la banalidad de todas las criaturas, lo mismo que de su afán de inmortalidad.

Contar o callar, importa poco la diferencia; “copiar tan sólo / transcribir”, refuerza el sentido de inutilidad de la poesía. “Olvidarlo todo y callar para siempre”, es lo que busca el poeta de hoy, sin lograrlo. “Volver los ojos” hacia dentro y enmudecer bajo una sombra de olvido. El arco de la caza, tendido por el poeta, se dirige hacia sí mismo, a su interior, y es entonces la mejor y la mayor de todas las conquistas poéticas, quizás la más dura y difícil, aunque sea la

menos conocida, la más terriblemente ignorada. La hazaña más sublime es localizar dentro de sí lo auténtico.

En este punto, me violenta la seguridad de haber visto al poeta, pues me digo: quizás lo hubiera descifrado entre las urgencias de la urbe, o en el viento laxo de la provincia... lo hubiera señalado con el dedo sobre los "pinos más altos", lo hubiera visto pasar, tendido el arco, el "A B C" empuñado de nostálgica quimera, y la mirada tímida del hombre que no le importa nada porque lo comprende todo... sus frases no acabadas y tan ciertas, el golpe de su ingenio (ingenuo y cruel), y su conciencia sobre la inconsciencia de la vida... lo hubiera detenido con la mirada y lo hubiera seguido por la región celeste detrás de tantas "banderas", por la sola transpiración de un solo verso. Seguramente hubiera dicho "he ahí al Poeta", al cazador de girasoles y de nubes, "he ahí a Jaime", tendido el arco, y la flecha de luz rompiendo las palabras para hallar los retazos útiles para su nuevo laberinto sin entrada, con mil salidas de silencio bajo el sol resplandeciente.

"Y ahora está el olor de los pinos más altos".

El poeta está vencido por la inasibilidad de la poesía, que "sigue su viaje"; pero por aquella noble insignificancia del "junco", aún aspira el aroma de los pinos sobresalientes. Puedo trazar una recta ascendente, una flecha, entre los juncos y los pinos sobre un fondo azul y blanco, de la nieve cortando el firmamento, flecha gigantesca que caza lo infinito, a donde cualquier lengua resulta inocua, y por eso quiere, necesita "inventar una lengua".

"Todo viene después, siempre después". No es el verso nacido en Santa Rosa, la de Antioquia, ni su canto; pero es la misma sensación de fructífero abandono, de desarraigo, de no importarnos nada, porque "no es suyo el arbitrio" ni es su sangre, sino un retazo apenas de lo finitamente eterno. El poeta contemplado y contemplando, como el heliotropo que recibe la luz del astro, y le retribuye el favor indicándole su flecha derrotera.

La poesía "lleva bajo sus plumas todo el dolor del mundo". ¿Es lícito pensar en un significado? No. Porque todo significado es un concepto, y la palabra poética no puede soportar sobre sus plumas blanquísimas toda la pesadez plúmbea de un "querer decir", porque estaría vencida, y entonces LA CAZA no tendría esa dulce sensación de lo imposible, y sí, más bien, la estrecha mezquindad de la ganancia. Por eso el lenguaje es tan pobre, que para cazar la poesía tiene que inventarse cada día nuevos perfiles y nuevos artificios.

La poesía así conquistada, dice el poeta, es tan íntima y tan cierta, que — desde todo punto de vista — es "incomunicable".

La fuerza, el ser, la nobleza y el ancestro del poeta es el sufrimiento... pero la poesía cae herida, no por el poeta que la aprisiona, sino por los cazadores del "espacio sin límites"; y entonces, el poeta

ya sin identidad (“todo cuanto soy / ha desaparecido”) se enfrenta con la realidad de la incomunicación, signo que marca al arte actual. Por eso torna en el poema la inquietud por la soledad del poeta, la preocupación por su público (“[...] y quién me oye, quién?”).

“Comenzar cada vez, sí, comenzar de cero”; y comenzar, dice el poeta, con las manos vacías, porque no hay otra alternativa. Siempre comenzar, para que otro continúe el camino iniciado por el cantor. El cazador de palabras, con su ABC retórico, cumple sin quererlo, quizás sin saberlo, lo que Sísifo en la mitología, y lo que su mito es para el existencialismo literario de la postguerra: la falta de sentido de la vida, donde “todo puede convertirse en polvo”.

Así, la poesía no tiene sentido, es más, no puede tenerlo, “porque nada es real en todo cuanto vengo / componiendo”... . . . “¿Y cuál / es el castigo por el que debe un hombre / repetir en la vida cada vez su castigo?”

El desgano hacia la vida y un cierto impulso hacia la muerte, no son una constante casual; es el desprecio por las vidas “que han sido en vano”, por aquellos que “en vano han vivido”.

El disparo de la caza fue certero, como “llevado de la mano”; pero, ¿es por fin la caza del poeta a la poesía? O, en cambio, y a pesar del poeta, que la poesía ha sido “cazada” y reducida a la impotencia en bien de lo “práctico”?

El hombre evoluciona irremediamente. Sucesivos estados interiores van viendo la luz; pero en un orden inverso, de la certeza a la ignorancia, de la fe a la desconfianza; porque va adquiriendo un sentido crítico de la vida, y va entonces de la obediencia ciega y total, a la obediencia de sí mismo. Hay un signo de rebeldía que hace al hombre, tal vez sólo al poeta, más auténtico, más individual.

El narrador poemático juega con ser el antihéroe, quizás el ángel a la manera mosaica, el “ángel exterminador”, hacer todo el mal sin ser visto ni oído, pero además, conservando (como dicen que conserva Dios) el criterio de pureza y santidad. Aquí es donde el poeta ambiciona la suprema grandeza, ser bueno a pesar de todo lo que somos.

“Más honesto copiar que idear”, porque el hombre se siente vencido, pero de su vencimiento deriva al mismo tiempo su grandeza; la magnitud de la caída es lo que da sentido a la existencia, que de otra manera ya no tiene sentido; y luego, finalmente, conversar sólo consigo mismo.

Ante la sociedad burguesa “es vano el esforzarse” como no sea por “lo estable”... jamás la aventura, siempre ir a lo seguro. Y “cuidado” aunque no haya peligro, siempre “cuidado”. Parece que el poeta culpa de la ausencia de aventura verbal de la poesía colombiana, a esa visión “medurada” de la existencia burguesa, e intenta (yo digo que *logra*) un alto índice de aventura verbal en este poema.

El destino del poeta, como hemos venido recalcando, es “Encontrar la imagen creada por sus ojos”, plasmar la imagen percibida con

los ojos de la inconsciencia, más que con los ojos reales como hacían los poetas tradicionales. No el color, sino la intuición del color.

El poeta aislado, pero no voluntariamente aislado, no la "torre de marfil" de hace cien años, sino "el abismo", la magnitud del abismo entre dos ideales: el heroico de la aventura poética (de ahí la imagen de la CAZA), y el burgués de la mesura y continencia del bien decir. "De mí, sé que un día la sociedad ha de cercarme por hambre". Abismo que se percibe igualmente en esta estrofa:

¿Y quién, cómo es,
De dónde vino? Díganmelo
Pues yo lo ignoro todo,
Ignoro todo cuanto hay que saber,
No obstante que
Conozca todo cuanto hay que ignorar

Porque en fin, "Ellos tienen el arco", es decir, las armas, mientras el poeta sólo tiene las flechas, las palabras, y palabras que apenas medio sirven y que hay que crearlas una por una, "pues que el signo alienta detrás de la palabra".

Para el poeta, morir es el premio a la vida en tales circunstancias, "Cómo aun morir es una unción y no un desgarramiento". Mientras la poesía lo ha conquistado todo porque se ha limpiado de todo concepto y se ha hecho "levedad".

Finalmente, hay cosas que el poeta no puede declarar en el canto, porque el canto aún no ha llegado a la plena intimidad, porque "por encima de la palabra / está la acción y por encima / de la acción está el silencio".

LUIS JOSÉ VILLARREAL

Instituto Caro y Cuervo.